

PERDÓN

Por J.C. Ryle

Todo ser humano necesita del perdón, porque todos los seres humanos son pecadores. El ABC del Cristianismo consiste en que el hombre debe saber cómo se encuentra delante de Dios, y comprenda sus vacíos. Hemos nacido pecadores, y como pecadores hemos vivido siempre. El pecado nos es algo natural. Ningún niño requiere ir a la escuela para aprender a hacer el mal.

Todos somos pecadores culpables a la vista de Dios. Hemos quebrantado Su ley santa. No hemos hecho Su voluntad. De los diez mandamientos no hay ninguno que no nos condene. Si no hemos transgredido con acciones lo hemos hecho con palabras; si no lo hemos hecho con palabras lo hemos hecho con pensamientos e imaginaciones, y esto en forma continua. Todo el mundo es “culpable delante de Dios.” Y “como está establecido que los hombres mueran una vez, y después el juicio.” (Romanos 3:19, Hebreos 9:27) Cuando camino por las calles abarrotadas, veo cientos y miles de sujetos de quienes no sé nada más allá de su apariencia. Cada quien con su objetivo en mente. Cada quien con sus metas, las cuales desconozco. Pero al verlos hay una cosa que sí conozco con certeza –todos son pecadores.

¿Qué es la vida del mejor cristiano entre nosotros? ¿Qué podría ser aparte de una carrera llena de tropiezos? ¿Qué podría ser más que un diario actuar –“no haciendo lo que deberíamos, y haciendo lo que no debemos”? ¡Nuestra fe, cuán débil! ¡Nuestro amor, cuán frío! Nuestra paciencia, cuán pasajera! ¡Nuestra humildad, cuán mermada! Nuestra sumisión, cuán tenue! Nuestro conocimiento, cuán empañado! Nunca el más sabio de los hombres pronunció palabras más sabias que éstas: “Ciertamente no hay hombre justo en la tierra que haga lo bueno y no peque.” (Eclesiastés 7:20) Y qué ha sido lo mejor que el mejor de los cristianos ha hecho? Después de todo, qué es más que una obra imperfecta? Siempre con defectos en mayor o menor medida, sea con un motivo erróneo o una ejecución incompleta. Las palabras de David son ciertas: “No hay quien haga el bien, no, ni siquiera uno.” (Salmo 14:3)

Y qué es el Señor Dios, cuyos ojos están en todos nuestros caminos, y delante de quien un día tendremos que rendir cuentas? “Santo, santo, santo” es la notable expresión aplicada a Él por quienes están más cerca de Él, como si no hubiese palabra que pudiese expresar la intensidad de Su santidad. (Isaías 6:3, Apoc. 4:8) Ciertamente deberíamos apartarnos de todo pensamiento de orgullo propio. Deberíamos cubrir nuestras bocas con nuestras manos, y decir como Abraham, “soy polvo y ceniza”; y como Job, “soy insignificante”; y como Juan, “si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.” (Génesis 18:27, Job 40:4, I Juan 1:8) Vea usted entonces con cuán justa causa le digo que conocer nuestra necesidad de perdón es lo primero que debe darse en una religión verdadera. El pecado es una carga, y debe ser eliminada. El pecado es una inmundicia, y debe ser lavada. El pecado es una deuda abrumadora, y debe ser pagada. El pecado es una montaña entre nosotros y el cielo, y debe ser removida. El primer paso hacia el cielo es percatarnos de que merecemos el infierno. Vea usted también como muchas personas conocen tan poco de la intención principal del Cristianismo. Aún les falta aprender que la marca característica del Cristianismo es el remedio que provee para el pecado. Esta es la gloria y excelencia del evangelio. Aborda al hombre tal como es. Trate usted de conocer su propio corazón. Piense qué es usted delante de Dios y junte los pensamientos, palabras y acciones de cualquier día en su vida y mézclelos con la medida de la Palabra de Dios. Júzguese a usted mismo con honestidad, para que no sea usted condenado en el último día. Aprenda a orar la oración de Job: “Hazme entender mi rebelión y mi pecado.” (Job 13:23)

Permítame remarcar el camino del perdón. Hacia donde se dirigirá usted? Pondrá usted su confianza en sus propias obras y logros, sus virtudes y buenos hechos, sus oraciones? Estas nunca pagarán la deuda que usted tiene con Dios. Todas son imperfectas y solo incrementan su culpabilidad. Confiará usted en su propio arrepentimiento? Usted lamenta mucho lo hecho en el pasado. Usted espera ser mejor en adelante. Ah!, el juez no perdona al ladrón por lamentar lo que ha hecho. La pena que pueda usted sentir en el presente no borrará el cúmulo de pecados del ayer. Entonces, a dónde debe ir el hombre para recibir perdón? Dónde puede encontrarse perdón? El camino es simplemente confiar su alma, con todos sus pecados, sin reservas, a Cristo –dejar por completo toda dependencia en sus propias obras, sea total o parcialmente, y descansar solo en la obra de Cristo. Si usted toma esta senda su alma será perdonada. Dice el apóstol Pedro, “Todos los profetas dan testimonio de Él, y de que todo aquel que cree en Él recibirá perdón de pecados por su nombre.” (Hechos 10:43) “...por medio de Él se os anuncia el perdón de pecados... en Él es justificado todo aquel que cree.” (Hechos 13:38-39) “en quien tenemos redención, el perdón de los pecados.” (Col. 1:14).

Jesucristo, con gran compasión, ha provisto de una paga completa por el pecado, sufriendo la muerte en nuestro lugar. El se ofreció a si mismo como sacrificio por nosotros, y permitió que la ira de Dios, que nosotros merecemos, cayera sobre Su propia cabeza. El se dio a si mismo, sufrió y murió por nuestros pecados como sustituto nuestro –el justo por el injusto, el inocente por el culpable, liberándonos de la maldición de la ley quebrantada, y proveyendo de un perdón completo. Y de esta manera, como el profeta Isaías nos dice, El ha cargado con nuestros pecados; como Juan el Bautista dice, El ha quitado el pecado del mundo; como Pablo dice, El ha hecho la purificación de nuestros pecados; y como Daniel dice, El ha acabado con el pecado, y expiado toda iniquidad. (Isaías 53:11, Juan 1:29, Hebreos 1:3, 9:26, Daniel 9:24). Las llaves de la muerte y del infierno han sido puestas en Su mano. El gobierno de la puerta del cielo descansa sobre Su hombro. El mismo es la puerta; y por El todos los que entren serán salvados. (Hechos 5:31, Apoc. 1:18, Juan 10:9)

En una palabra, Cristo ha comprado el perdón total. El lo ha hecho todo, pagado todo, sufrido todo lo necesario para reconciliarnos con Dios. Y fe, simplemente fe es lo que se requiere para que usted y yo seamos perdonados. Todo lo que Dios pide de nosotros es que vayamos con fe a Cristo, como pecadores que somos con nuestros pecados –confía en El, descansa en El– y olvidándonos de cualquier otra esperanza, afianzarnos solo de El. Todo ser humano que haga esto será salvado. Sus iniquidades le serán perdonadas, y sus transgresiones eliminadas enteramente. Sus pecados han desaparecido, y su alma es justificada ante los ojos de Dios, no importa lo malo o culpable que haya sido. “...a los hijos de los hombres les serán perdonados todos los pecados y blasfemias, cualesquiera que sean.” (Marcos 3:28) “Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos, aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.” (Isaías 1:18) “Tan lejos como está el oriente del occidente, así hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones.” (Salmos 103:12) Jesús lleva a cabo todo, y el hombre solo tiene que extender una mano vacía y recibir. “Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba.” (Juan 7:37) “Venid a Mí, todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar.” (Mateo 11:28) Es un perdón voluntario. He escuchado de perdones concedidos en respuesta a prolongadas peticiones, y que son extraídos con mucha importunidad. Pero Jesús desea que nadie perezca. (II Pedro 3:9). El desea que todos los hombres sean salvos y que lleguen al conocimiento de la verdad. (I Tim. 2:4) El lloró por la incredulidad Jerusalén. “¡Vivo yo, que no quiero la muerte del impío..!, dice el Señor Jehová. ¡Apartaos, apartaos de vuestros malos caminos! ¿Por qué moriréis..?” (Ezeq. 33:11) Además de esto, el perdón que concede es para el presente. El mismo día en que David dijo, “He pecado contra Jehová,” Natán dijo a David: “Jehová también ha perdonado tu pecado.” (II Samuel 12:13) El perdón no es algo lejano, que sólo se obtenga tras muchos años. Desde el momento en que uno cree, la condenación no existe más. “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Juan 3:36) Es un perdón eterno. Una vez justificado, usted es justificado para siempre. La Palabra dice que los pecados de los hijos de Dios son echados en las profundidades del mar, son buscados mas nunca hallados, echados tras las espaldas de Dios. (Miqueas 7:19, Jeremías 50:20, 31:34, Isaías 38:17)

Considera usted banal pensar en el gran día del juicio, el trono, los libros, el Juez, la destrucción del mundo, la revelación de todo secreto, la sentencia final, y aún así sentir “estoy seguro”. Este es el privilegio de un alma perdonada, la cual se encuentra en un sitio de refugio. Cuando el Señor se levante para juzgar terriblemente al

mundo, y los hombres pidan a los montes y a las rocas que caigan sobre ellos para cubrirles, los Brazos Eternos le rodearán y la tormenta pasará sobre su cabeza sin dañarle.

Permítame mostrarle algunas de las marcas que muestra alguien que ha experimentado el perdón. Muchas personas presumen haber sido perdonadas, las cuales no exhiben evidencia alguna:

a) Las almas perdonadas odian el pecado. El pecado es la serpiente que les ha mordido: como no resistirse del mismo con horror? como no odiarlo con piadosa aversión? como no ha de ser amargo a sus corazones su solo recuerdo? Recuerde como los Efesios públicamente quemaron sus libros perversos. (Hechos 19:19) Recuerde como el apóstol Pablo lamentó sus transgresiones juveniles: “no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios.” (I Cor. 15:9) Si usted y el pecado son amigos, usted no ha sido reconciliado con Dios.

b) Las almas perdonadas aman a Cristo. Su persona, Su obra, Su cruz, Sus palabras –todas son preciosas para las almas perdonadas. El ministerio que más disfrutan es aquel que más exalta al Señor. Le dirían a usted que no pueden evitar sentir de esa manera. El es su Redentor, su Pastor, su Médico, su Rey, su esperanza, su gozo. Sin El serían los seres humanos más miserables.

c) Las almas perdonadas son humildes. No pueden olvidar que todas sus posesiones y su esperanza lo deben al don de la gracia, lo cual les mantiene humildes. Son deudores que no pueden pagar por sí mismos, y qué derecho tienen de sentirse orgullosos? El perdón produce en el alma el espíritu de Jacob: “no soy digno de la más pequeña de todas las misericordias y toda la verdad que Has mostrado a Tu siervo.” (Gen. 32:10); y del apóstol Pablo: “soy menos que el más pequeño de todos los santos – el primero de los pecadores.” (Efesios 3:8, I Tim. 1:15) Puesto que usted y yo no tenemos posesión alguna mas que pecado y debilidad, seguro no hay vestimenta que nos quede mejor que la humildad.

d) Las almas perdonadas son santas. Su deseo principal es complacer a Quien les ha salvado, hacer Su voluntad, glorificarle en cuerpo y espíritu, los cuales le pertenecen. “Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?” (Salmos 116:12) es el principio dominante en un corazón perdonado. Fue un sentir del perdón lo que hizo a Zaqueo decir, “la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado.” (Lucas 19:8) Si usted me muestra a un hombre que deliberadamente vive una vida pecaminosa y de libertinaje, y aún así se jacta de que sus pecados le han sido perdonados, puedo decirle “el vive bajo un delirio que le llevará a la ruina, pues no ha sido perdonado en absoluto.”

e) Las almas perdonadas saben perdonar. Hacen lo que ellas mismas han experimentado. Recuerdan como Dios les ha perdonado en Cristo, y procuran hacer lo mismo para con su prójimo. Sin duda que al respecto, como en todo lo demás, muestran fallas; pero este es su deseo y objetivo. Un Cristiano injurioso e impugnador es un escándalo a su profesión. Es muy difícil creer que tal sujeto alguna vez se haya sentado al pie de la cruz.

Soy consciente de que la fe salvadora en Cristo es consistente con muchas imperfecciones. Pero aún así creo en que estas cinco marcas en general podrán encontrarse en toda alma perdonada, algunas más o menos evidentes que las otras. Estas marcas deben provocar en muchas mentes examinar el corazón propio. Debo ser directo. Temo que hay miles de Cristianos nominales que desconocen estas marcas. Han sido bautizados, acuden a la iglesia, pero en cuanto a un verdadero arrepentimiento y fe salvadora, unión con Cristo y santificación por medio del Espíritu, son “nombres y palabras” de los cuales no saben nada. Ahora bien, si esto es leído por tales personas, probablemente les alarmará o les enfurecerá. Si les enfurece he de lamentarlo. Si les alarma, he de alegrarme pues ese es mi objetivo. Deseo despertarles, que se percaten del hecho tan importante de que no han sido perdonados, de que no tienen paz con Dios y de que se encuentran en la senda ancha que lleva a la destrucción. Debo decir esto puesto que no hay alternativa. Ocultarlo no iría acorde con la fidelidad o la caridad cristiana. ¿Dónde estaría la honestidad al actuar como un médico mentiroso, diciéndole a la gente que no hay peligro?

Le he hablado a usted sobre el perdón. Pero, ¿ha sido usted perdonado? De qué le sirve un bote salvavidas a un marinero en un barco arruinado si permanece en el mismo en vez de saltar al bote para escapar? De qué le sirve a un hombre enfermo que el médico le ofrezca una medicina, si sólo la observa sin tomarla? A menos de que usted asegure su propia alma, ciertamente estará perdido como si no hubiese oportunidad alguna de ser perdonado. Debe haber una relación estrecha entre Jesucristo y usted. En verdad es desconcertante que un hombre haga su testamento, asegure su vida, dé instrucciones sobre su funeral, y aún así deje en incertidumbre los asuntos de su alma.

Desconozco su persona o lo que haya hecho usted en el pasado, pero le digo, Venid a Cristo con fe, y entonces encontrará perdón sin límites. Ni por un momento piense que antes necesita hacer algo grande para venir a Cristo. El hombre tiene la idea de que para tener paz con Dios primero debe arrepentirse y después venir a Cristo; el camino del evangelio es recibir primero la paz de Cristo, y empezar con El. El hombre tiene la idea de enmendar y voltear una nueva hoja, para trabajar el camino a la reconciliación y amistad con Dios; el camino del evangelio es primero entablar una amistad con Dios a través de Cristo, y entonces hacer Su voluntad. Venid, dispuesto a tomar lo que Cristo ofrece, sin suponer que puede usted dar algo a cambio.